



EL TAHÚR

Pedro José Pisanu Molero

Francisco Ugarte, rodeado de coleguitas afectos al dado y la baraja, dio una larga chupada al cigarro, evocando en las espirales de humo rendijas de su pasado: –La vida, el destino o como ustedes quieran llamarlo, es cosa muy rara. Antes, cuando era joven, me rodeaba de mujeres mayores. A veces, sin pensar demasiado, las conseguía en una noche de juego; tras una tirada desafortunada de dados lo perdía todo, como era usual; entonces surgían unos ojos bellos plenos de compasión y amanecía cobijado por un cuerpo de mujer. ¿Lástima o instinto materno? No lo sé. Pero allí estaba alguna viuda, una soltera entrada en años o una casada de cascos muy livianos –dijo, mientras daba una nueva calada al cigarro. Ahora, ahora es distinto. El viejo es él, nunca pierde con los dados y los naipes, siempre hay una muchacha joven a su lado. Ugarte da una palmada y viene una mestiza desnuda, apenas cubierta por un poncho de fique, quien diligente besa sus labios y luego se retira de nuevo, arrastrando miradas de los presentes. Hoy todos quieren vencerlo, todos desean estar con la guaricha que ha besado, codician el reloj con leontina de oro, el alazán que descansa en la caballeriza, anhelan tener entre sus manos el Colt 44 de cachas nacaradas, envidian la faja llena de monedas de oro, las botas de piel curtida y hasta las mismas espuelas. Acaricia el voluminoso revólver que lleva en su funda. Nunca ha temido perder, por eso siempre gana, es su secreto. Cuando las pasiones se desbordan como los grandes ríos, no queda otra y usa la pequeña Derringer o la Colt 25 que siempre lo han librado de todas las desgracias y males de los hombres. Cinco cruces de palo dan fe que no es bueno tratar de matarlo o alzarse con el santo y la limosna. Quienes estamos en la cantina lo vemos como un ser misterioso. Su atuendo es el monocromo negro que va desde el sombrero hasta las botas. Jugadores de todas las comarcas siguen sus pasos para acercársele y tal vez retarlo, a él, una leyenda viva de las cartas y los dados. Según muchos, jamás ha perdido; según otros, es la viva presencia del maligno, tentando a todos para hundirlos más en la miseria eterna y que ardan en lo peor del infierno –como si fuera poco este infiernito de vida que llevamos–. Insólitos personajes, más bien insolentes, retaron a Francisco Ugarte a una partida de póker, como aquel Agripino Buenaño, maestro de escuela, quien juró que saldría de pobre porque estaba harto de dar lecciones a muchachos brutos y piojosos; apostó y perdió el sueldo de los próximos quince años; para no ser esclavo de nadie ni de sus propios vicios se voló el cráneo con un Smith y Wesson 38 que una mano oscura le alcanzó. El último de los retadores notables fue don Miguel Pastrana, cura párroco del pueblo de La Ceiba, que pretendió vencerlo con ensalmos y oraciones, jurando que Francisco era el maligno. La realidad fue triste, Dios no se metió en nada y dejó al curita hacer, que en su desesperación apostó el templo, las limosnas y hasta la misma sotana. Ahora Miguel Pastrana deambula desnudo y llagado como un mendigo demente bajo las brasas del desierto. Francisco Ugarte engaña a quien lo reta con anécdotas y charlas de hombre humilde, pese a su bigote, el traje negro y sus pistolas. Nunca se cansa de repetir la misma frase: “Por haber perdido tantas



veces nunca me olvido de ganar”. A otros remata con esta sentencia: “A quienes me creen el diablo, les aviso que de nada valen crucifijos y aguas benditas”. La mesa está completa, servida para un banquete en el que uno solo comerá, sin importar que los otros mueran de mengua y hambre. En las sillas hay dos ganaderos, un transportista y un coronel. Todos ambicionan ganar como sea. A él, Francisco Ugarte, nada le importa. Si pierde, pierde, será poco; y si gana... todo seguirá igual. El pueblo se acerca a la taberna, presencian desde lejos y en silencio. Así había sido veinticinco años atrás y ahora llegaba en forma de pequeñas astillas a la memoria del cantinero, único testigo del final de aquel juego. Años atrás, Ugarte venció a un extraño forastero que se presentó buscando retadores. Solo él aceptó. La partida se fijó para las horas de la noche. Ambos, retador y forastero, se habrían retirado hasta esperar el momento del gran juego. En la parte trasera de su casa, Ugarte lanzó una mirada larga al horizonte que pareció unirse a las planicies polvorientas que se divisaban a lo lejos. No había montañas, no había nubes, ni siquiera esperanzas de que la vida cambiara de aspecto o mejorara un poco. Contempló el vacío que le pareció convertido en desierto hasta extenuarse y quedar dormido en el mecedor de mimbre. Algunas visiones tomaron su viejo cuerpo de paria. Allí estaba en medio de bazares de telas multicolores, alejando inútilmente los gritos de los mercachifles que hacían confuso el idioma. Surgieron bailarinas con breves atuendos, suspendidos de la piel ante cada movimiento, dejando a la vista lujuriales encantos. La escena se llenaba de vida con frutas de lejanas tierras, puestas sobre canastos y cestas. No hay brisa, solo el vaho sofocante sobre los cuerpos, antesala del tártaro. Horas después, vio a lo lejos como el panorama se hacía turbio, cargándose de nubes preñadas de furia, tempestades prestas a reventar en cualquier momento, llanto de cielo que estallaría sobre la gente; es la naturaleza sacando su naipe escondido, imponiéndose en taimado juego. Así lo había relatado una tarde. Después de haber descansado, Ugarte se presentó ante el extranjero. Asumió con humildad que quizás perdería ante ese desconocido de lengua cabellera negra, perfil y rostro perfecto, ojos de oscuridad y sonrisa de pulcros dientes. La partida de póker comenzó con seguidores para cada oponente. Las horas pasaron y los curiosos fueron desertando ante el cansancio, quedando solo un testigo, el cantinero. Ugarte estaba a punto de perder ante las inesperadas y sobrenaturales jugadas. Se sintió fatigado y pidió tiempo para acudir al baño. Cuando regresaba para aceptar que perdería una vez más como era ya costumbre, notó que su rival, de espaldas a él, no tocaba el piso ni la silla, sino que levitaba sobre una rara niebla azabachada. Sacó del bolsillo un rosario que guardaba y sin mediar palabras lo enrolló sobre el cuello de su oponente y comenzó a estrangularlo. – ¡En el nombre de Dios y todos sus poderes te someto a sus designios, ser maligno de las profundidades del infierno! –dijo Ugarte, mientras apretaba el rosario con crucifijo sobre el cuello de su rival. – ¡Me estrangula! ¡Me asesina! –expresó el forastero en gesto ahogado ante el cantinero. – ¡No le crea! Es otro de sus trucos –repuso Ugarte ante el cantinero, mientras colocaba el crucifijo con toda su fuerza sobre la frente del forastero que comenzaba a ponerse al rojo vivo, despidiendo humo y olor a carne chamuscada. –Si me dejas libre, ganarás en todos los juegos y jamás en vida serás pobre –prometió el forastero convertido en una bestia demoníaca–. Y tú, cantinero, por ser testigo, tu taberna siempre tendrá bebida y comida sin necesidad que nadie te surta ni pagues por ello.



–No, no lo haré. Te llevaré a la iglesia y haré que tu fuego sea ceniza inerte dentro de la pila de agua bautismal –respondió Ugarte. –Está escrito, y debes saberlo, que aquí no termino yo, así me llesves a esa capilla –afirmó el forastero–. Ya que me has vencido, no en este juego, sino en el mío, te premiaré transfiriendo todos mis saberes milenarios sobre todos los juegos de azar. Es preciso que a través de alguien se me recuerde y se me tema. Tú, Francisco Ugarte, serás el hombre que venció al maligno, el diablo o Lucifer, en un juego de póker. Nunca presumas de esto ni de nada y sé bueno ante los ojos de los demás. Todo se difuminó. El tiempo pareció retroceder. El bar estaba de nuevo atestado de curiosos que presenciaban el duelo de póker entre el extranjero y Francisco Ugarte. A las tres y quince de la madrugada, Ugarte mostraba escalera real y un abatido forastero aceptaba su derrota. Dejaba como pago un brioso caballo negro con las alforjas repletas de monedas de oro. Nadie vio partir al forastero, nadie lo vio caminar por la llanura. Ugarte le había ganado al mismo diablo. Esto contó mi padre, el cantinero, un día que la taberna tenía pocos parroquianos. Ahora los retadores se plantan en la mesa, intuyendo que toda jugada será inútil, comprenden que es imposible ganar, pero un desconocido impulso los hace insistir y renunciar a la voluntad.